



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 26

Salamanca, 15 Agosto de 1916

Año III

La Infanta Isabel en Salamanca

UNA vez más ha querido S. A. R. la Serenísima Señora Infanta Doña Isabel de Borbón, conceder a Salamanca el alto honor de visitarla y permanecer unos días entre nosotros.

Llegó S. A. a Salamanca el día 18 del pasado Julio y permaneció aquí hasta el 22 del mismo mes. Durante este tiempo, Salamanca demostró que sabe agradecer las deferencias y predilecciones que la ha dispensado S. A., organizando actos que seguramente fueron del agrado de la Serenísima Señora y que con todo detalle reseñó en tiempo oportuno la prensa local.

Recibimiento entusiasta, grandiosa recepción popular en el Ayuntamiento, fiesta solemnisima en el Ateneo para dar a conocer a S. A. las melodías de los famosos Cantos charros, coleccionados por el laureado maestro Ledesma; fiesta charra con bailes del país y faenas de ganadería en las posesiones de la Excmá. Sra. Condesa de Crespo-Rascón; el te en los jardines del Zurguén, palacio de verano del Excmo. Prelado de la diócesis; visita a los monumentos y





SU ALTEZA REAL LA SERENÍSIMA SEÑORA DOÑA ISABEL DE BORBÓN
INFANTA DE ESPAÑA

Asilo de la Vega, iluminación de la Plaza Mayor y conciertos musicales, etc., etc., fueron los principales actos que se ofrecieron a S. A.

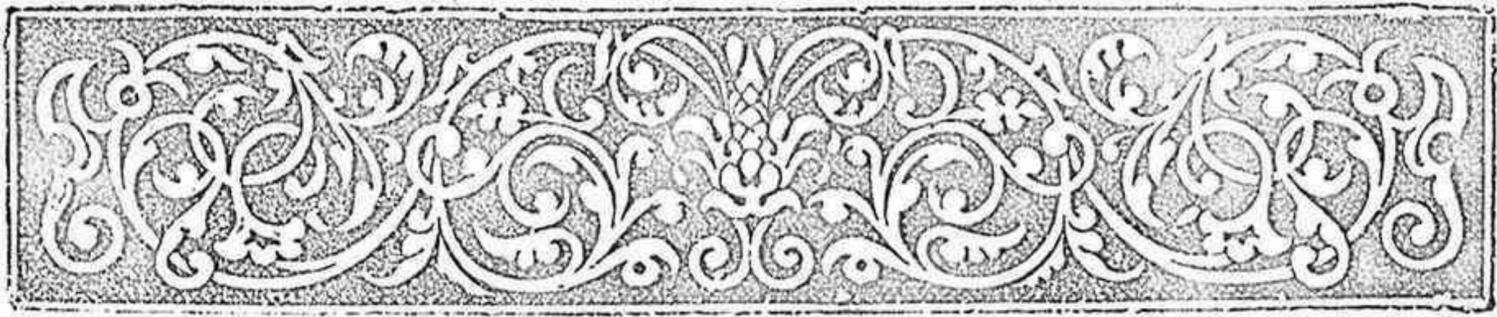
La egregia Dama mostró bien claramente su satisfacción y así nos consta que lo declaró a nuestras primeras autoridades, repitiendo en esta visita lo que ya anteriormente había hecho con gran contento del pueblo, donde tantas y tan cimentadas simpatías tiene S. A. Después de comer y del brazo de nuestro Alcalde, S. A. se dirigió a la Plaza Mayor llena de gente que escuchaba la música y dió una vuelta por los jardines sentándose en los canapés, confundida entre la multitud; un clamoreo ensordecedor de vivas a la Infanta amante del pueblo apagó los acordes de la música y durante buen rato no se oyeron en la Plaza más que vivas y aplausos a la Infanta Isabel.

Antes de abandonar nuestra tierra, S. A. marchó a Alba de Tormes, donde oyó misa, que dijo el Sr. Obispo de Salamanca, y después de venerar el sepulcro de Santa Teresa y visitar las obras de la Basílica, salió con dirección a Avila en su automóvil.

LA BASÍLICA TERESIANA honra con tan fausto motivo sus páginas con el retrato de S. A. y hace votos al cielo para que no sea esta la última vez que la veamos en esta hermosa ciudad de Salamanca, que tan verdadero cariño profesa a S. A. R. la Serenísima Señora Doña Isabel de Borbón y a toda su Augusta familia.

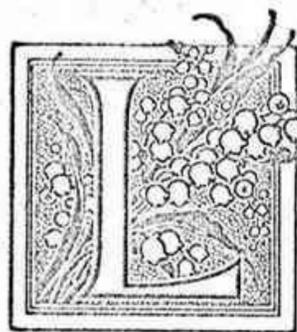
LA DIRECCION.





EN TORNO AL MISTICISMO POETICO DE SAN JUAN DE LA CRUZ

I



LA idea que más pronto brotó de la inteligencia de los pueblos en los albores de su civilización, fué la de una Entidad, causa de cuanto existe y se mueve; y esa mano que gobierna el mundo llegó a formar el ideal y fin supremo del hombre, naciendo de las mútuas relaciones la Religión.

Está tan encarnada en la naturaleza humana la Religión, que la Historia nos demuestra no haber ningún pueblo sin ella; que no será la verdadera, y será absurda; pero Religión al fin.

La influencia que la Religión ejerce en todas las esferas de la actividad humana, es decisiva; y si nos fijamos en las bellas artes, los cantos, la pintura, escultura y arquitectura, están en perfecta armonía con las ideas que de la divinidad tengan aquellos que las cultivan. Y concretándonos a la más bella de las artes, la poesía, diremos que si se ha dicho con fundamento que según es la Religión es el Arte, la poesía es la que refleja más y mejor esos ideales. Y si en vez de la inspiración pagana, decimos inspiración cristiana, por las excelencias, de esta Religión sobre las demás, comprendemos lo que vale este ideal sobre todo otro ideal.

No tenemos que salir de casa para ver confirmadas estas primeras ideas que apuntadas quedan. El primer monumento conocido de la Literatura Española, el Poema del Cid, nos lo demuestra cumplidamente. ¿Pues qué es el Cid, sino la personificación de los sentimientos religiosos y caballerescos de aquella época...? El Cid es el reflejo animado del caballero cristiano que sufre la enemiga de un Monarca sin dejar de ganarle reinos.

Y sin que esto sirva de digresión, diremos que ese fondo cristiano fué el que enriqueció de delicadas poesías la «lirica religiosa».

«Lírica religiosa» que al llegar el siglo de oro había de desplegarse y desarrollarse en toda su intensidad, produciendo la gloriosa pléyade de poetas, que en expresión feliz de un escritor (1) moderno forman «la más hermosa constelación del ciclo de las letras Españolas»: los místicos.

Hay en nuestra literatura un buen número de vates que avaloran con sus poesías una de las mejores páginas del siglo de oro de nuestras letras: los místicos, ángeles más que hombres, espíritus más que vil materia, que desatando las cadenas del sensualismo y viviendo sólo una vida psíquica, se remontan a la cumbre de la perfección, y allí tienen intuitiva visión de la divinidad y allí derraman su alma en versos que parecen profanarse en lengua humana, y hechos más bien, para cantarse por coros angélicos ante el trono del Altísimo. Fr. Luis de León, Fr. Luis de Granada, Teresa de Jesús, Juan de Yepes, Malón de Chaide, Juan de los Angeles, Zárate y otros, esmaltaron las páginas doradas de nuestra literatura con la rica pedrería de su misticismo.

Pero entre todos se abre paso, entre todos destaca y hasta se individualiza Juan de Yepes, después San Juan de la Cruz, como lo seguiremos denominando. No queremos probarlo con paralelos, comparándolo con los demás, pues nos llevaría muy lejos, pero sí diremos que en todos se nota el hombre que guía la pluma bajo el peso de los sentidos; en cambio, San Juan de la Cruz es el Ángel, es el espíritu *encendido en amor* divino, *purgado de la noche del sentido*, es el poeta abrasado en la llama de amor divino y sólo de amor divino.

San Juan de la Cruz aspira a la «posesión de Dios, por unión de amor», y procede como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo. Este es el misticismo que no cabe confundir con los varios géneros de poesía sagrada, devota, ascética y moral, pero que en este santuario del habla castellana, dice el Sr. Menéndez y Pelayo, justo es deslindar cuidadosamente. Poesía mística, dice el Sr. Menéndez Pelayo, no es sinónimo de poesía cristiana; abarca más y abarca menos. Poeta místico es Ben-gabirol y con todo eso no es poeta cristiano. Rey de los poetas cristianos es Prudencio y no hay sombra en él de misticismo. Porque para llegar a la inspiración mística, no basta ser cristiano, ni devoto, ni gran teólogo, ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una eferves-

(1) D. Alejandro Pidal y Mon, en su discurso de recepción en la R. A. E. Año de 1883.

cencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas y una Metafísica y Filosofía primera, que va por camino diverso aunque no contrario al de la Teología Dogmática. El místico, si es ortodoxo, acepta esa Teología, la da como supuesta y base de todas sus especulaciones, pero llega más adelante: aspira a la posesión de Dios por unión de amor, y procede como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo.

Este es el misticismo como estado del alma y su virtud es tan poderosa y fecunda que de él nacen una Teología mística y una Ontología mística, en que el espíritu iluminado por la llama del amor, columbra perfecciones y atributos del sér, a que el seco razonamiento no llega, y una Psicología mística, que descubre y persigue hasta las últimas raíces del amor propio y una poesía mística, traducción artística de esas filosofías y teologías animadas por el sentimiento personal y vivo del poeta que canta sus espirituales amores. (1)

La materia sobre la que ha de versar este estudio, no precisa más determinación ni señalamiento y se habrá adivinado que el tema puede anunciarse desde luego: el misticismo poético de San Juan de la Cruz; el misticismo poético del compañero inseparable de Santa Teresa de Jesús, tanto en las letras como en la vida religiosa, y abrasado también como la Mística Doctora en la llama de amor viva que inflamaba sus corazones para levantarlos a las cosas del cielo.

San Juan de la Cruz, colocado en la cumbre de la vida contemplativa, a donde ninguno otro pudo llegar ni aún en seguimiento de sus huellas, gusta armonías excelsas y por superior iluminación se baña en las excelencias y bondades del amor divino. En este estar especialísimo de la comunicación íntima con Dios y de su aspiración sin descanso ni tregua a la unión extática puede decirse que el alma vive y se agita en sus cánticos, y el alma del místico se revela y descubre tal cual es (2).

Pero bien sabe el poeta con su ortodoxia que no es la absorción panteística la que ha de coronar eternamente sus ansias sino una posesión de amor lograda por la dicha unión del esfuerzo humano y las dispensaciones divinas. *Subida del Monte Carmelo, Noche oscura del alma, Cántico Espiritual, y Llama de amor viva*, he ahí los títulos de las obras principales de San Juan de la Cruz: las cua-

(1) Marcelino Menéndez Pelayo: Discurso de recepción en la R. A. E. 1881.

(2) Martín D. Berrueta, *San Juan de la Cruz, poeta místico*.

tro forman el más completo tratado de mística Teología; con una Ontología y Psicología también místicas en un lenguaje poético adecuado y propio al dichoso estado lleno de fuerzas, bañada el alma de *las aguas de deleites interiores que no nacen de la tierra* (1), el estado perfectísimo que supone el trato íntimo con Dios, Ser que asume en sí las perfecciones todas en grado absoluto.

No entraremos en el campo místico en que se mueve el alma de San Juan de la Cruz sin decir que no ignoramos que para entender e interpretar el lenguaje del Doctor Extático, es preciso transportarse a las serenas regiones de la gracia, donde se vive desligados de la materia y que los símbolo y figura que emplea son el ropaje con que recubre sus celestiales ansias y amores, y que es preciso sentir algo el ardor en que se abrasaba el místico por excelencia, para no creer que su lenguaje pertenece a otro mundo y a otros hombres y lo que es peor, que eran expresión del más refinado sensualismo (2).

No se nos oculta tampoco lo árduo del tema lleno de profundas cuestiones, a las que nuestra juvenil razón no alcanza y que abarcar la inmensidad, por la que cruzó con majestuoso vuelo el ingenio celestial del Doctor Carmelitano, está vedado a pobres entendimientos, como el nuestro.

.....

.....

II

Un mismo momento representan en el plan de la mística la Subida al Monte Carmelo y Noche oscura del alma, pudiendo las dos concretarse en una que llevara cualquiera de los nombres dichos, expresando la relación de media a fin.

Precede a las ocho bellísimas canciones que contienen la Subida al Monte Carmelo y la Noche oscura del alma, un argumento en el que indica el plan que se propone desarrollar en las canciones (3), la substancia de lo que se propone escribir, y a éstas siguen las declaraciones para explicar el sentido del texto. Contiene en las canciones el Santo poeta, el modo de subir hasta la cumbre del Mon-

(1) Carta dirigida a las religiosas de Veas.

(2) Por no juzgar bien a los místicos se ha llegado a llamar a Santa Teresa, la «Safo cristiana».

(3) Argumento de la *Subida al Monte Carmelo*.

te, que es el más alto estado de perfección, la llamada unión del alma con Dios; y el camino de esa perfecta unión y los efectos admirables que causa en el alma que a ella ha llegado (1).

De igual procedimiento se vale para la exposición del Cántico Espiritual y de la Llama de Amor viva.

No podemos hacer más que esta ligera indicación de su prosa, sopena de apartarnos de los límites de nuestro tema; aunque sirve el texto para explicar ya cómo ha de parecer el alma por la noche oscura que la conducirá a la contemplación de Dios, engolfándose en su amor, ya cuando se determinan y califican los efectos de la purificación, venciendo en la noche del sentido los vicios y pecados, y en la noche oscura del espíritu sus fuerzas e inclinaciones naturales, ya por último, al señalar las vías del ejercicio espiritual para llegar al último y más perfecto grado, a la unión íntima transformada ya el alma interiormente en fuego de amor.

Y si no fuera por razones de brevedad, no se podría prescindir de la prosa, pues como dice un escritor, no formaríamos cabal juicio del doctor extático como poeta místico, deteniéndonos tan sólo en la delectación de las canciones, que si poesía encierran sus rimas, bien merecen el mismo dictado las dulces y escondidas melodías de su prosa.

.....

.....

Aquel «conócete a tí mismo» esculpido por la filosofía pagana, en los muros del templo de Delfos, ha tenido eco en todas épocas, siendo el punto de mira hacia el cual la humanidad pensadora dirige y concentra sus actividades. También el místico empieza preguntándose: ¿quién soy yo?, y al ver, por todas partes la contingencia, la finitud y las manías de nuestra naturaleza, responde: nada y cuando sabe que es nada se interroga ¿quién es Dios? y al maravillarse de la infinita bondad, eterna verdad y belleza absoluta de Dios, lleno de asombro y confusión santa, se dice: ¿cómo Dios y yo somos una misma cosa? Siendo éstos los tres puntos capitales de que hablan los autores de *Mística Teología* y en la que se recomienda que en el ejercicio interno de la contemplación se ha de comenzar por la abstracción de los sentidos y operaciones intelectuales, subiendo, sin que nada distraiga al alma a la unión con aquel que es sobre todo esencia y este es el camino que San Juan

(1) Argumento de la *Noche oscura del alma*.

de la Cruz traza al místico y él sigue con paso firme, en sus composiciones poéticas.

De esta conversación y consideración íntimas al apreciar en Dios sus atributos en grado absoluto de perfección, brota en el alma del místico un amor tiernísimo; ama y desea con ansia la posesión del del Amado, no descansa sino en la unión a El, y entrando por la *oscura noche* del sentido, pasa por la desnudez de sus apetitos *acerca de todas las cosas exteriores del mundo y de las que eran deleitables a su carne, y también de los gustos de su voluntad* (1), condiciones necesarias para llegar a tal sublimación y estado tan perfecto. *Y sosegada ya la casa* y amortiguados y dormidos los gustos, con esa desnudez que *no consiste en el carecer de las cosas, sino en la falta de voluntad de ellas* (2), el alma, por venturosa dicha, sale a la *noche de la fé*, que también es noche la fé para el entendimiento por ser *escura, y sin ser notada*, sin que nada se lo impida se dirige, inflamada en ansias de amor a Dios, que *por ser incomprendible y infinitamente excedente*, se puede decir es noche pero ya *inmediata a la luz del día*, es como el *despedimento de la noche oscura* (3).

El poeta expresa de manera tan sencilla como elegante, estos sentimientos de su alma mística en la siguiente canción:

En una noche oscura
Con ansias de amores inflamada
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada
Estando ya mi casa sosegada.

Prosigue cantando la dichosa ventura del alma en *desnudar* el *espíritu de todas las imperfecciones espirituales* y apetitos de *propiedad en lo espiritual*, y dice dichosa por la *mayor dificultad que hay en sosegar esta casa de la parte espiritual*, y así entrar en esta *escuridad interior que es la espiritual desnudez de todas las cosas*, así sensuales como espirituales y cimentan todo en la fe subir por ella a Dios y por eso dice la canción *secreta escala*. Y como había dejado atrás el ropaje natural de los sentidos y sube en las alas divinas de la fe a unirse con su Amado, dice que iba disfrazada. A oscuras y en celada, ya no es noche oscura de la

(1) *Subida del Monte Carmelo*, capítulo I, Libro I.

(2) *Idem*, Capítulo III, Libro I.

(3) *Idem*, Capítulo II, Libro I.

canción anterior donde hay alguna claridad, sino carencia de toda luz, escuridad espiritual, pues en la noche del sentido daba destellos de luz la razón; pero en la noche espiritual, que es la fe, todo lo priva entendimiento y razón, y así camina a oscuras y en celada para el demonio dice el santo, al cual la luz de la fe le es más que tiniebla (1). Oigamos al poeta:

A oscuras y segura,
 Por la secreta escala disfrazada
 ¡Oh dichosa ventura!
 A oscuras y en celada,
 Estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura ¡cuando con paso mejor se va queguidos por la fé! ¡Y como no ha de decir que estando ya la casa sosegada si tiene sosegadas sus potencias naturales y los ímpetus y ansias sensibles en la parte espiritual! El alma ha rasgado suavemente el aire y libre del cerco y sujeción de los apetitos naturales, halla su alma quietud y reposo, porque no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba y nada hacia abajo la oprime, y así para poseerlo todo no quiere tener nada (2).

Este escurecimiento del espíritu dice San Juan de la Cruz en el capítulo III del libro segundo, de la Noche oscura del alma, no lo hace sino para darle luz de todas las cosas, y aunque le humilla y pone miserable, no es sino para ensalzarle y libertarle, y aunque le empobrece y varía de toda posesión y afición natural, no es sino para que divinamente pueda extenderse a gozar y gustar de todas las cosas de arriba y abajo siendo con libertad de espíritu general en todo. Y guiada el alma por la luz de la fe y la llama de amor para la tercera noche, de la cual, nacerá la aurora con más vivos y rosados colores, que es la unión y descanso en Dios y adelantando en la contemplación canta:

En la noche dichosa
 En secreto, que nadie me veía
 Ni yo miraba cosa,
 Sino otra luz ni guía
 Sino la que en el corazón ardía
 Aquesta me guiaba,
 Mas cierto que la luz del mediodía.
 A donde me esperaba,

(1) *Subid. al Mon.*, Capítulo I, Libro II

(2) *Subida al Monte Carmelo.*, Capítulo III, Libro I.

Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.

¡Qué cadencia, y armonía! ¡Cómo nos impresiona a pesar de cantar en la cumbre de la vida contemplativa! ¡Cómo mueve nuestra alma encarcelada con las miserias de nuestro cuerpo! Estamos en situación muy por debajo con relación a la esfera suprasensible en que se movía el Santo poeta y sin embargo su lenguaje tiene todavía magia y poder para hacer vibrar las más delicadas fibras de nuestro corazón...

En esta situación, nos dice el Santo, el alma reposa en su Amado y se desprende de todo lo no sea Dios. Aquel «sólo Dios basta» de Santa Teresa de Jesús y el «no quiero desde hoy más amor del suelo» que cantó Fray Luis de León en generoso desprendimiento de lo terreno es cantado por San Juan de la Cruz como él sabe hacerlo, arrancando a su lira matices más que notas bien definidas:

 Mi alma está desasida
 De toda cosa criada
 Y sobre sí levantada
 Y en una sabrosa vida
 Solo en su Dios arrimada (1).

¡Con qué armonía canta el dichoso estado que siguió a la noche de la fe más amable que el alborada:

 Oh noche que guiaste
 Oh noche amable, más que el alborada
 Oh noche que justaste
 Amado con amada,
 Amada en el Amado transformada.

Pero no quiere decir esto que haya absorción ni siquiera vida aparte del cuerpo y de la naturaleza psíquica, pues el alma sigue informando y rigiendo a ésta; por el contrario, el místico nunca se olvida de su infinita inferioridad, con relación a Dios y de aquí nace el infinito amor, efusión mística con Dios.

Pero dejemos esta cuestión que por importante que se la considere, siempre será incidental en nuestro tema y sigamos leyendo: ¡Cómo se conoce que ha escalado el último grado de perfección! ¡Qué alegorías, qué ropaje tan celestial! ¡Consolida lo más delicado de acá abajo por darnos una idea, lo que en los arrobamientos

(1) «Devotas poesías».—Glosa a lo divino.

y éxtasis pasaba en su alma! Hermosamente lo declara por boca de Poeta:

En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba
Allí quedó dormido,
Yo le regaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.
El aire del almena
Cuando ya sus cabellos esparcía
Con su mano serena
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.

Si aquí hay expresión y viveza, y delicado simbolismo, en la última canción acaba de expansionarse el alma, y viene a dar digno remate con la vehemencia y ardor de sus deseos y la inefable dicha de la unión con el Amado, siendo el broche de oro que cierra esta composición:

Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

¡Qué humano pondrá sus profanas manos en esta canción sin mancharla! ¡Quién hará la crítica de esta tan alta, angélica, celestial y divina poesía...!, pues como dice el Sr. Menéndez Pelayo, no parece ya de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios.

Pasemos ahora a contemplar a esta dichosa alma en su matrimonio espiritual, entre el alma y Cristo, y las canciones que esta divina unión le inspira a San Juan de la Cruz.

III

Desde que un alma empieza a servir a Dios, hasta llegar al último estado de perfección, que es matrimonio espiritual, necesita, dice San Juan de la Cruz, pasar por la vía purgativa, los principiantes; iluminativa, los que avanzan hasta el desposorio espiritual y la unitiva (1), donde se hace el matrimonio espiritual: estas dos últimas se ocupan del alma en su estado beatífico, pretendido ya exclusivamente por el alma.

(1) Argumento del *Cántico Espiritual*.

¡Con cuánto placer no paladearíamos no una sino hasta con gula extética, las cuarenta bellísimas canciones que contiene...!

El alma busca a Dios y lo llama para que acabe el gemido causado por la ausencia y lo compara con el ciervo y la cabra del Cantar de los Cantares, y *cuando ya era ido* sale clamando por él, pues su dolor causado por la huída, no cesará hasta que no lo encuentre. Y así como el Cantar de los Cantares simboliza proféticamente los desposorios de Cristo y su Iglesia, así San Juan de la Cruz, toma del alegorismo bíblico, como dice el señor Valera, la significación mística y psicológica de la unión del alma con Dios. Pero no se le oculta al Doctor extático la dificultad de expresión y acude a figuras, comparaciones y semejanzas, para así comprender algo, pues en toda su intensidad no puede declararlo con razones el que lo experimenta.

Es preciso empaparse en el sentido por no tomar por obscuridad la que es luz, por humano lo que es divino y para que las aguas celestiales fertilicen nuestra alma filtrándose por los poros de nuestra naturaleza psíquica y no que resbalen como resbala el agua sobre la piedra.

¡Cómo canta el poeta en la primera canción lo que padece el alma en la ausencia del Amado, al sentirse herida de amor!

Adónde te escondiste
Amado, y me dejaste con gemido
Como el ciervo huiste
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y ya eras ido.

Y esta amorosa queja la recogerán los pastores, que son los deseos, afectos y gemidos *que la apacientan de bienes espirituales*, y resonará por *montes y riberas* (1), sin que la distraigan nada, pues ni cogerá flores, ya sean los gustos temporales, sensuales o espirituales, ni temerá a las fieras y pasará los fuertes y fronteras; resumen de todos los sacrificios, pues dice que vencerá a los enemigos del alma, mundo, demonio y carne. Tanto gime el alma, que hará que las piedras se enternezcan y hable la naturaleza, y en este mundo lenguaje de las criaturas canta las bellezas y grandezas de Dios.

Oh bosques y espesuras,
Plantados por la mano del Amado,

(1) Las virtudes son los montes, y por las riberas, que son bajas, entiende las mortificaciones, y en las primeras hará vida contemplativa, y en éstas activa.

Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

Y a esta bellísima increpación contestan las criaturas:

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando
Con sólo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

Estas comunicaciones, lejos de apaciguar sus ansias, hacen que la herida, por mayor conocimiento del Amado, se transforme en llama que abrasa su corazón, y así canta la Esposa:

¡Ay quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero
Que no saben decirme lo que quiero.

Y todos los que del Amado hablan más de El la enamoran y la dejan muriendo con un no se qué

que quedan balbuciendo
.....

Y sigue cantando:

Descubre tu presencia
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

E impreca a su naturaleza humana, porque la duración corporal es causa de que se le dilate la vida espiritual (1) y sigue diciéndole que puesto que ha llagado su corazón, por qué no acude a sanarle con su presencia (2). Apaga mis enojos (3), prosigue el Santo Poeta:

Pues ninguno basta a desacellos
Y véante mis ojos,

(1) Declaración de la canción VIII.

(2) De la canción IX.

(3) Canción X.

Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo por tí quiero tenellos.

Y tan llagada y herida y tantas ansias tiene de desatarse de la carne para mejor verle y gozarle que terminantemente dice en la canción XI: «Descubre tu presencia». Entonces recurre a la fe y pide que en sus semblantes plateados, forme de repente los ojos deseados, ¡que tengo en mis entrañas dibujados (1). Y siente a Dios y se arroba y es tanta la huella que dejan en sí los ojos del Amado que la conmovió toda y la desencasó (2) por eso canta: Apártalos, Amado, y le hacen volar fuera de la carne, pero el Esposo la detiene y la dice:

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Dichosa alma que ha logrado que acuda el Amado como el «ciervo vulnerado», es decir, también herido de amor hacia la Esposa y permite verse en las alturas de la contemplación y le refrigera con sus *asomadas*, pues no otra cosa es permitida en esta vida (3).

Ya voló el alma y con este vuelo ha llegado a los *desposorios espirituales* y agota la naturaleza para cantar las grandezas del Amado en esta dichosa unión: a las querellas y ansias de amor ha seguido la paz, el deleite y la suavidad; y las montañas elevadas, anchas y hermosas, graciosas, floridas y olorosas, los valles solitarios, quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, con sus arboledas; y el suave cántico de las aves, las ínsulas extrañas con toda su novedad, los ríos sonoros, los aires amorosos.

La noche sosegada,
En par de los levantes de la aurora
La música callada,
La soledad sonora,
La cena que recrea y enamora (4).

No quiere que la entretenga ni los ambiciosos apetitos del demonio, ni los furiosos de la sensualidad, ni las varias idas y venidas de la imaginación (5), por eso canta

-
- (1) Canción XII.
(2) Anotación a la canción XIII.
(3) Declaración de la canción XIII.
(4) Declaración y canciones XIV y XV.
(5) Declaración de la canción XVI.

Cazadnos las raposas
 Que está ya florida nuestra viña
 En tanto que de rosas,
 Hacemos una piña
 Y no aparezca nadie en la montaña (1).

Y con la piña de rosas, de ámbar perfumadas (2) dice:

Detente, cierzo muerto;
 Ven, Austro que recuerdas los amores,
 Aspira por mi huerto,
 Y corran tus olores,
 Y parecerá mi Amado entre las flores (3).

El alma se aflige de la ausencia del Amado y *va por insulas extrañas* (4). Y sosegadas las ninfas de Judea (5), dice el Esposo:

A las aves ligeras,
 Leones, ciervos, gamos saltadores
 Montes, valles, riberas,
 Aguas, aires, ardores,
 Y miedos de las noches veladores:
 Por las amenas liras
 Y cantos de sirenas os conjuro
 Que cesen vuestras iras,
 Y no toquéis al muro,
 Porque la esposa duerma más seguro (6).

Habiendo la esposa vencido los *estorbos e inconvenientes que impedían el deseado deleite del estado de matrimonio espiritual* (7) inténase en el ameno huerto deseado.

Y a su sabor reposa,
 El cuello reclinado
 Sobre los dulces brazos del amado.

Y realizado el matrimonio espiritual, ¡qué regocijada, qué santa alegría la de la Esposa! Hermosísima canción es la siguiente, digna de un genio, de un Santo y de un poeta; el poeta se acuerda del

-
- (1) Canción XVI.
 (2) Canción XVIII.
 (3) Canc. XVII.
 (4) Canc. XIX.
 (5) Judea llama a la parte sensitiva del alma.
 (6) Canciones XX y XXI.
 (7) Declaración de la Canc. XXII.

calvario tremendo de Jesucristo y su muerte en el árbol de la cruz, salvando a la humanidad que pecó precisamente debajo del árbol del Paraíso y dice:

Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada
Allí te di la mano
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada (1).

Y tan segura se encuentra, que *dice está ya ella en unión de Dios*, teniendo las virtudes en fortaleza, paz espiritual cumplida y toda ella hermoseada y enriquecida con dones espirituales:

Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
De púrpura teñido,
En paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.

Las virtudes todas, que son las flores del lecho; la fortaleza y seguridad, que son las cuevas de los leones y del enlace de estas virtudes nace la perfección del alma y como no se olvidaba el Santo de la caridad, las tiñe de púrpura, con que aquélla se simboliza en las Sagradas Escrituras. Lecho de *paz edificado*, pues la paz reina entre las virtudes y todas estas flores sirven de mil escudos, que forman la más hermosa corona del alma (2).

En la canción XXV canta las mercedes que obtuvo de Dios y que la levantaron más y más a las cosas del cielo hasta que entra:

En la interior bodega de su Amado
y allí bebió, y cuando salía

Ya cosa no sabía
Y el ganado perdí que antes seguía (3)
Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa
Y yo le di de hecho
A mí sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa (4).

(1) Canc. XXIII.

(2) Canción y declaración de ella: XXIV.

(3) Canc. XXVI.

(4) Canc. XXVII.

Esta alma ya no guarda ganado, ni tiene otro oficio «que ya sólo amar es mi ejercicio» (1). «Al que pregunte por mí para algo de la tierra, diréis que me he perdido para ganarlo todo» (2). Y enseguida, como si hiciera mucho tiempo que no hablara con el Amado, canta las virtudes y dones de entrambos, gozándolas entre sí por comunicación de amor (3), de amor sólo y fuerte, lleno de pureza y entereza de fe que enamoró mucho a Dios (4), y en tal grado, que dice la esposa:

Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían;
Por eso me adornabas
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en tí vian (5).

Canta aquel estado de perfección, en el cual es digna de que la mire Dios (6) y es tal la pureza, que canta el Esposo:

La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado (7).

Y aquella tortolica que vivía en la soledad, es traída al nido por el Amado también en soledad, pues no se vale de los ángeles (8) y hecha la perfecta unión, le pide la esposa al Esposo tres cosas: la primera quiere recibir el gozo y sabor del amor, y es la que pide cuando dice: «Gocémonos, Amado»; la segunda es desear hacerse semejante al Amado, y esa es la que pide cuando dice: «Vámonos a ver en tu hermosura», y la tercera es saber y escrudiñar las cosas y secretos del mismo Amado y ésta le pide cuando dice: «Entremos más adentro en la espesura» (9), y hecha ya la perfecta unión hasta más allá del matrimonio espiritual, se goza con la gloria prometida, donde esposa y Amado se deleitarán; El enseñando a la espo-

(1) Canc. XXVIII.

(2) Declaración de la Canc. XXIX.

(3) Declaración y Canc. XXX.

(4) Canción XXXI.

(5) Canción XXXII.

(6) Declaración de la Canc. XXXIII.

(7) Canc. XXXIV.

(8) Declaración de la Canc. XXXV.

(9) Declaraciones de la Canc. XXXVI.

sa los misterios de la Religión: «Allí nos entraremos» y «el mosto de granadas gustaremos» (1), y dice la esposa: allí me mostrarías

Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí tú, vida mía
Aquello que me diste el otro día (2).

E insiste con más fuerza en esta aspiración en la canción siguiente, donde oirá: «el canto de la dulce filomena», que así como el ruiseñor canta en la primavera, después de las penalidades del invierno, así para el alma después de pasar por las miserias humanas y *desnuda y purgada* (3) de todo lo que no sea amor de Dios, viene para ella la primavera espiritual de su unión con el Amado y oirá el canto regalado del Esposo. La esposa ha vuelto a mirarse a sí misma, para ver si es digna de subir al Amado y al ver calladas las pasiones «y que la parte sensitiva del alma con todas sus fuerzas, potencias y apetitos está conformada con el espíritu, acabadas ya y sujetadas sus rebeldías, y que el demonio Aminadab por el vario y largo ejercicio y lucha espiritual está ya vencido y apartado muy lejos; y que su alma está unida y transformada con abundancia de riquezas y dones celestiales» cree estar aparejada y fuerte para subir por el «desierto de la muerte» a los «asientos y sillas gloriosas de sus esposas» (4), y todo esto le dice al Amado en la última canción, para moverle a que presto le saque de esta vida, pues estando ausente de tí

¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí
Pues de suerte persevero,
Que muero porque no muero (5).

¡Qué Santo y qué poeta se revela aquí San Juan de la Cruz! ¡Cómo gustaría él las mieles del amor divino, que de manera tan peregrina nos las declara...! Paréceme ver a San Juan de la Cruz escribiendo sus poesías, brillando en sus ojos de mirar suave, la

(1) Canc. y declaración XXXVII.

(2) Canc. y declaración XXXVIII.

(3) Declaración de la Canc. XXXIX.

(4) Declaración de la Canción XL.

(5) Devotas poesías: coplas del alma que pena por ver a Dios.

tranquilidad de su alma, rodeado su cuerpo de ese nimbo de gloria que dan la compostura, la afabilidad y la modestia del semblante y guiada la pluma por la temblorosa mano, agitada por algo interior que no podía ser sino el Espíritu Santo que le inspiraba tan altos y celestiales conceptos...

IV

Dice San Juan de la Cruz en la declaración primera de la «Llama de amor viva» que aquí se trata del amor más *calificado y perfecto*. Y a la verdad, está el alma tan cerca de la bienaventuranza, que no la divide de ella sino una leve y delicada tela; por eso canta y llama al Espíritu Santo, que es llama que rompa la tela de la vida mortal y que la hiera allí donde el demonio ni los apetitos sensibles llegan; y pide que la abraza; pues ya no es *llama* que le aflige como cuando se estaba purgando de lo terreno y «*acaba ya con el dulce encuentro*» (1).

¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquivada,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro (2).

Y el alma agradecida dedica una bellísima canción a la Santísima Trinidad, pues ha recibido de las tres personas grandes mercedes; del Espíritu Santo el cauterio suave de amor del Hijo, el *toque delicado* que a vida eterna sabe y del Padre el perdón de todas las deudas y al autor de esta dádiva lo llama *mano blanda* (3).

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado
Que a vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado (4).

Y las potencias del alma han abarcado, a los resplandores de *lámparas de fuego*, la profundidad de sus cavernas que sólo pueden

(1) Declaración de la Canc. I.

(2) Canc. I.

(3) Declaración de la Canc. II.

(4) Canción II, *Llama de amor viva*.

llenarse con lo infinito, y así como *el vidrio que cuando lo embiste el sol echa también resplandores* (1), así el alma en este estado da a su Querido, que es Dios, con amorosa *complacencia* ese mismo calor y luz que está de Él recibiendo:

¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto a su Querido! (2)

Como se ve, ya la tela de la vida mortal que impide el dulce encuentro es sutilísima, pasan por ella rayos de luz, grandes mercedes, dádivas generosas, hasta que gastada toda palabra y toda imagen, y apurado todo discurso, se vuelve a Dios y *conviértese el alma aquí a su Esposo con mucho amor* (3) y encarecidamente le agradece los dos efectos admirables que hace en ella por medio de la unión. El primero dice que es el recuerdo de Dios en el alma y el modo con que éste se hace es mansedumbre y amor y el segundo es aspiración de Dios en el alma y el modo de éste es de bien y de gloria que se le comunica en la aspiración. Y así como el madero en el fuego en él se transforma y si permanece más tiempo llega a centellear fuego de sí y llamear, así el alma mística en el fuego del amor perfecto y en el estado de transformación con Dios centellea (4) y hace llama en la que, muriendo, trocada por vida se le da la muerte:

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras! (5).

Y en aquel *aspirar de Dios, de bien y gloria lleno, se queda y abisma el alma*; más allá el silencio será la mejor canción, porque como dice el Santo poeta: «veo claro que no lo tengo de saber de-

(1) Declaración de la Canc. III de *Llama de amor viva*.

(2) *Llama de amor viva*, Canción III.

(3) *Llama de amor viva*: declaración de la Canción IV.

(4) Prólogo y canción II.

(5) *Llama de amor viva*: Canción IV.

cir, y parecería menos si lo dijese» (1). Hermosísima declaración que deja entrever con el silencio que allá en su interior quedan las más regaladas mieles de su misticismo. *¡Qu'elle se taise, et que Dieu parle!*, dice con admiración Rousselaut.

.....

He terminado (2). Hemos recorrido el campo místico donde San Juan de la Cruz volaba con alas de águila. Un genio, un Santo y un poeta se revela San Juan de la Cruz en sus poesías. No tenemos que concretar el juicio: hecho queda con arreglo a nuestras fuerzas en las pobres páginas de este Estudio.

¡Quién podrá fallar con la última palabra, en lo que está y vive sobre él! El misticismo poético de San Juan de la Cruz, como hemos dicho varias veces, no ha nacido en la tierra, ni de ella ha recogido sus flores, y bien pueden aplicarse a él aquellas palabras de Fr. Luis de Leon, acerca de Santa Teresa: en muchas partes me parece que es ingenio de hombre el que oigo, y no dudo sino habla el Espíritu Santo y que le regía la pluma y la mano; que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee (3).

Sus versos, a pesar de infundir respeto y temor religioso, por haber pasado por estas composiciones el Espíritu de Dios encendiendo y dando color y vida a las palabras del Santo Poeta, aun mirados por los ojos de la carne, estas lindísimas canciones nos interesan y conmueven. Son tan bellos aun por la sencillez sus versos, tan bellísimas sus alegorías, tan elegante y vistoso es el ropaje con que encubre sus celestiales conceptos, que forman el glorioso nimbo de gloria de esta dichosa alma, que flota por las regiones de la gracia, bañada en las delicias recibidas del Amado. Y, sin embargo, a pesar de su asunto angelical, celestial y divino, es como dice un autor, «más ardiente de pasión que ninguna poesía profana y tan elegante y exquisita en la forma, y tan plástica y figurativa, como en los más sabrosos frutos del Renacimiento».

A veces es tan viva la alegoría, que se sienten los pasos de la amada que va en busca del Amado y que una vez hallado, hablan dulcemente de sus purísimos amores. Coloquios tiernísimos, pasa-

(1) Declaración de los tres últimos versos de la Canc. VI (*Llama de amor viva*).

(2) No hablamos de las poesías devotas por no entrar en nuestro tema de estudiar las cuatro principales canciones del místico poeta.

(3) Fr. Luis de Leon: *Prefacio a las obras de la Santa*.

dos allá en el centro de la espesura, al pie de cristalinas fuentes y entre trinos de las aves, que aun prescindiendo de su profundo sentido, son los más bellos idilios que se han escrito.

Todas las galas del arte pone a contribución San Juan de la Cruz en sus inspiradas poesías. Toda la exuberancia de la poesía oriental, hasta los más sencillos y no menos bellos cuadros de la vida campestre. Desde el cedro bíblico hasta los «valles solitarios, quietos, amenos, umbrosos de dulces aguas llenos, poblados de azucenas y arboledas, con ríos sonorosos y aires amorosos, todo en manos de San Juan de la Cruz es dúctil y blando para formar la corteza de sus divinas poesías».

San Juan de la Cruz al elevarse con las ricas alas de nuestro idioma a las regiones de la luz increada, desligándose de las cadenas de la materia, no huye de la naturaleza como de sirena fascinadora y mortal, sino que hace de ella como la escala mística de Jacob, por donde ascienden y descenden los ángeles, llevando al cielo las oraciones de la tierra y bajando sobre la tierra los efluvios de la gracia divina. Este es el misticismo, planta fragante que si brota naturalmente en la cima de toda religión espiritualista, sólo florece con todo su esplendor y gala, como dice un escritor ya citado (I), en lo más secreto y escondido del pensil cristiano.

Canten otros los defectos de San Juan de la Cruz, si es que los tiene; ¿qué sirve algún descuido e incorrección en la forma, cierto desorden en la expresión de los afectos, cansado y oscuro a veces el estilo... en comparación de las bellezas que en sus poesías existen y que no hay términos humanos para justipreciarlas y aquel algo misterioso y sobrenatural que eleva sus conceptos y comunica fuego a su corazón para sentir y dar color a sus palabras? Yo siempre le consideraré como un astro de primera magnitud y la estrella más brillante de todas las que forman la hermosa constelación mística del cielo de las letras castellanas. Y por todas estas cualidades merece el Doctor extático, que se le llame el Príncipe de los místicos españoles, pues su doctrina es *celestial*, como dice la Iglesia en el Oficio divino del Santo.

A.

(I) Alejandro Pidal y Mon: Discurso pronunciado en su recepción en la Real Academia Española, 1883.



A SAN AGUSTÍN

¡Salve, magno Agustín! ¡Salve, poeta!
Tu ardiente inspiración me admira tanto,
que, al quererte cantar, glorioso atleta,
en mi débil garganta muere el canto.

¡No desoigas el himno de dulzura
con que te quiero demostrar mi afecto;
que Dios también escucha con ternura
el rumor apagado del insecto!

Y eso soy yo ante Tí, Santo glorioso:
débil insecto que en la yerba canta,
y que al mirar tu talla de coloso
de admiración y de terror se espanta.

Pero es tal hacia Tí mi simpatía
que como a Rey de la Virtud de aclamo
y pulso el arpa, loco de alegría,
sólo para decirte que te amo...

De fuego juvenil están repletas
mis venas de español, y por quererte,
mi sangre verteré; que los poetas
volamos, por amor, hacia la muerte.

Tú amaste con delirio, con locura;
la llama del amor prendió en tu pecho,
y tentadora la pasión impura
surgió a la orilla de tu casto lecho.

Te encendieron en ansias amorosas
las bellezas mortales y mundanas
y templaste en corrientes cenagosas
el ardor de tus venas africanas.

En su negra corriente te arrastraron
los paganos ejemplos de tu padre;
pero hasta el mismo cielo te elevaron
las lágrimas benditas de tu madre.



APARICIÓN QUE TUVO SAN AGUSTÍN CUANDO MEDITABA SOBRE EL MISTERIO
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

¡Tu madre!... Yo la veo sollozando
como una blanca y tímida paloma
al ver cómo veloz se va alejando
la leve nave que te lleva a Roma...

Y allí junto a la orilla cae de hinojos
con el semblante pálido de angustia,
con lágrimas ardientes en los ojos
y la plegaria entre la boca mustia...

Y en tanto tú frenético volabas
tras una dicha falsa y pasajera
y tu grandioso corazón quemabas
en el ardor de inextinguible hoguera.

Y ávido de placer y de ventura
por el lodo tus alas arrastraste
y en el lodo buscabas la hermosura,
mas... ¡inútil bregar!; ¡no la encontraste!

Y al ver por el pecado hechos jirones
los velos de tus gratas esperanzas;
al mirar que tus dulces ilusiones
se deshacían en volubles danzas;

Al ver tu corazón mustio y manchado
como una flor entre el inmundo cieno,
al comprender, al fin, desengañado,
que el impuro placer es un veneno;

Al saber que los necios y dementes
escalaban el Reino de la gloria
con círculos de rosas en las frentes,
entonando canciones de victoria;

Entonces al mirar tus regias galas,
rotas y derramadas por el suelo,
estremeciste tus soberbias alas
y te elevaste presuroso al cielo,

Y tu ardoroso corazón bañaste
en las aguas purísimas del llanto
y a la Eterna Hermosura te abrazaste
y de entre el lodo vil te alzaste Santo.

Y en el amor saciaste tus anhelos,
en el Amor que la ventura encierra,
en el Amor sublime de los cielos,
no en el amor villano de la tierra...

Y en brazos del Amor te adormeciste
y te ceñiste la inmortal corona

y como en tu volar tanto ascendiste
te llamaron «el águila de Hipona».

Y blandiste tu espada de guerrero
y valor como el tuyo nadie ha visto
y hasta exhalar el hálito postrero
luchaste con valor por Jesucristo.

Y aún defiendes la ciencia verdadera
por medio de tus hijos valerosos,
que llevan la católica bandera
en sus brazos viriles y briosos.

Y sin ostentación y sin alardes
sucumben por Jesús, altas las frentes;
no huyen ante el peligro, cual cobardes;
lo saben arrostrar como valientes.

Ellos atravesaron varoniles
la inmensidad sublime de los mares
y perecieron por la Iglesia a miles,
y conquistaron almas a millares.

Ellos fueron y son en nuestra España
un faro luminoso de la ciencia,
cuyo fanal maravilloso baña
con sus rayos de luz nuestra existencia.

Ellos con tus virtudes heredaron
el fecundo raudal de tu talento
y en alas de la ciencia se elevaron
a la bóveda azul del firmamento...

¡Salve, Agustín! Tu genio portentoso
como una inmensa y prodigiosa llama,
como un volcán de luz maravilloso,
por la faz del planeta se derrama.

Y al través de los siglos aun resuena
el acento glorioso de tus labios;
tu saber inmortal todo lo llena
y se humillan ante él todos los sabios.

¡Salve, salve, Agustín! ¡Yo me prosterno
ante tu gesto místico de asceta!
¡Salve, salve, Agustín! ¡Eres eterno!
Salve volcán de amor! ¡Salve, poeta!

Miguel R. SEISDEDOS.

RAPIDA

Ante la Virgen de Begoña

POR fin realicé mis anhelos de llegar hasta el Santuario de la Patrona de Vizcaya, la Santísima Virgen de Begoña.

La fama de los prodigios realizados por intercesión de la Virgen Santísima, la fe indomable de los vascos, lo bravío del paisaje, eran razones poderosas para avivar el deseo de llegar hasta el trono de aquella Virgen que generaciones tras generaciones, han ofrendado los más acendrados y puros cariños.

Esta visita mía quedará en mis recuerdos juntamente con un espectáculo tiernísimo que tuve la dicha de contemplar en Begoña. Una niña de once años, hija de un minero de Sestao, acababa de recibir las aguas del bautismo, merced al celo de dos damas catequistas. La madrina, una bellísima y aristocrática señorita, pues nuestra curiosidad advirtió la corona que pregonaba la alta estirpe de su ascendencia, acompañaba a las damas en su meritisima obra...

Mi elogio, cuanto más anónimo más sincero, para las virtuosas damas catequistas, y para la desconocida Condesita o Marquesita que amadrinó a la humilde niña de Sestao, la enhorabuena más cumplida que puede dar un charro — ¡Que la Virgen Santísima de Begoña la dé mucha salud para hacer tan buenas obras...! —

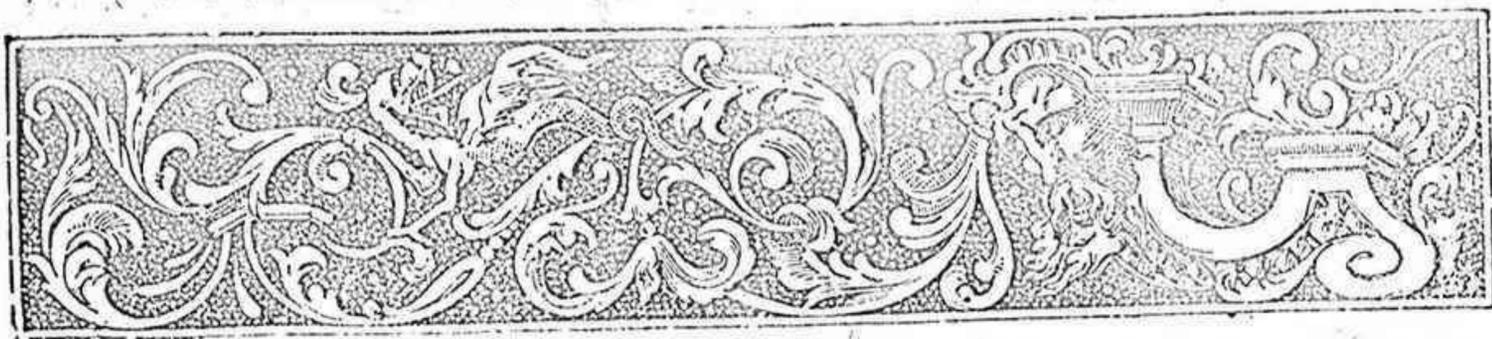
En números sucesivos quisiera dar a conocer a los lectores de LA BASÍLICA TERESIANA algunos de los muchos milagros obrados por la Santísima Virgen, y bien recientes por cierto, como el de aquel pobre blasfemo que cayó herido de muerte al querer manchar en sus labios el nombre sacratísimo de la Virgen de Begoña.

Y al finalizar este apunte de mi visita a Begoña, quiero testimoniar mi afecto y agradecimiento al celoso sacerdote D. Bernardo Astigarraga, sobrino del venerable Párroco del Santuario, quien me dió cuantos libros se han escrito sobre la devoción a la Patrona de Vizcaya y me colmó de finezas y atenciones.

GAB.



IMAGEN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE BEGOÑA, PATRONA DE VIZCAYA
SEGÚN SE VENERA EN EL SANTUARIO DE ESTE NOMBRE



Notas bibliográficas

Biblioteca mística carmelitana. —Obras de Santa Teresa. —Tomo II.—RELACIONES ESPIRITUALES. Editadas y anotadas por el P. Silverio de Santa Teresa, Carmelita descalzo. —Burgos. Tipografía de *El Monte Carmelo*, año de 1915.

Continúa el P. Silverio la obra emprendida, publicando a continuación del libro de *la Vida, las Relaciones*, por creer justamente que son prolongación de los admirables capítulos de la Autobiografía, con lo que nos ofrece una proximidad de criterio el erudito carmelita, con el del muy sesudo y elegante colector primero de los escritos de Santa Teresa, el inmortal Fr. Luis de Leon.

Las *Relaciones* que se publican en este volumen comprenden desde el año 1560 hasta el 1581, casi, por decirlo así, hasta la muerte de la Santa. Con estas ligeras indicaciones se percatará el lector de la importancia de este segundo volumen de las obras de Santa Teresa, avalorado sobremanera con la publicación de una rica cantidad de documentos como apéndices al *Libro de la Vida* de nuestra Santa y algunos referentes a las *Relaciones*. Comprende esta sección un centenar de documentos, y con todo séanos permitido decir que no se ha agotado la materia y no nos sería difícil especificar varios de verdadero interés no incluidos en la colección y de alguno ya hemos ofrecido hace más de un año copia a los lectores de LA BASÍLICA TERESIANA.

Pero este segundo volumen es, como el primero, de abundante y muy legítima erudición, y muy provechoso para los devotos admiradores de nuestra amadísima Santa Teresa de Jesús.

Publicaciones de la *Biblioteca Menéndez y Pelayo*. —EL CACHETERO DEL BUSCAPIÉ. Prólogo del Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín. Homenaje a Cervantes en el III Centenario de su muerte. Santander. Librería Moderna. Viuda de Albira y Díez. 1916.

Con este interesante trabajo del erudito cervantófilo D. Cayetano Alberto de la Barrera, que guardaba inédito D. Marcelino con

todo cariño, comienzan las publicaciones, seguramente interesantísimas, de la «Biblioteca Menéndez Pelayo».

Parte principalísima de esta empresa de divulgación de los tesoros de la biblioteca del malogrado polígrafo santanderino se debe al muy laborioso e inteligente Director de la misma, nuestro entrañable amigo el joven doctor D. Miguel Artigas y Ferrando. Y nada más a propósito para iniciar estas publicaciones que comenzar rindiendo el obligado tributo del recuerdo al más grande de los escritores en lengua castellana en este año, Centenario tercero de la muerte de Cervantes, publicando el definitivo estudio de la Barrera sobre la triunfante mentira del amaño de D. Adolfo de Castro, ahijando a Miguel de Cervantes el *Buscapié* que en ratos de buen humor, y para inquietud y solaz de las gentes, compuso el habilidoso escritor, y aquel otro *Buscapié* que se mintió en el siglo XVIII, y cuya falsa noticia dió ocasión a que pecara el «más que travieso escritor gaditano».

Y hoy, que tan palpitante está la cuestión de la identificación del atrevido y mordaz Avellaneda, adquiere la obrita de D. Cayetano Alberto de la Barrera, ejemplo laudable de lo que deben ser las críticas de los embustes literarios que se echan a bajo mejor con chanzonetas que con las complicadas *trazas* que a semejanza de cierta argumentación silogística feamente llamada por los escolásticos, se vuelven contra su defensor, al que dejan peor parado que sus mismos enemigos pudieran hacerlo.

Agreguemos que el prólogo del eruditísimo cervantófilo señor Rodríguez Marín, enriquece este libro con unas cuantas páginas tan bien meditadas y escritas cual acostumbra este eximio investigador de la literatura patria.

Filial homenaje de la *Revista Popular* a su Director y Maestro Félix Sardá y Salvany. —Número extraordinario dedicado a su veneranda memoria. 1916.

Hemos recibido este lujoso número de la *Revista Popular*, verdaderamente notable, tanto por lo que se refiere al texto de insignes apologistas de nuestra Religión, Purpurados, Excmo. Sr. Nuncio, poetas y periodistas católicos, como por la parte gráfica, que honra, en verdad, a la casa de *Hijo de Miguel Casals*, editor Pontificio, y en cuyos talleres se imprime esta *Revista Popular*, tan amena, tan pulcra y simpática como el alma de su bondadoso Director, el inolvidable sacerdote D. Félix Sardá y Salvany (Q. de D. G.)

Antonio GARCÍA BOIZA.

DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASILICA EN ALBA DE TORMES (1)

	<u>Pesetas</u>	<u>Cts.</u>
Suma anterior.. .. .	15.798	85
De un Párroco de Lérida.....	75	»
De un P. Escolapio de Vera (Navarra).....	12	»
	<hr/>	
TOTAL.....	15.885	85

(1) Se reciben en el Palacio episcopal, oficinas de Secretaría.